

Domínguez, V. *Imágenes del mal. Ensayos de cine, filosofía y literatura sobre la maldad*, Valdemar, Madrid, 2003.

Uno de los problemas de los volúmenes colectivos es que los artículos que los constituyen suelen tener una calidad y temática muy diversa. No es éste el caso. La práctica totalidad de los ensayos que forman parte de este libro son interesantes, amenos y ricos en enseñanzas. Por otra parte, el tema elegido no puede ser más pertinente. Después de Auschwitz, después de Srebrenica, después de Ruanda, ¿qué imágenes podemos decir que encarnan el mal para nosotros? La respuesta, ni fácil ni obvia, no se halla contenida en este escrito, pues, más bien, lo que se hace, es ayudar a un correcto planteamiento de la pregunta. En efecto, el centro de atención de los ensayos aquí contenidos es, ignoro si por petición expresa o por coincidencia, el análisis de una serie de imágenes tradicionalmente asociadas con el mal y que, curiosamente hoy, ya no consideramos “malignas”.

Aunque un catálogo de imágenes del mal sería muy amplio, hay cuatro arquetipos (o “contenedores”), que aparecen reiteradamente en estas páginas: Satán, Drácula, los niños y la *femme fatale*. Por supuesto, hay muchos otros y algunos se citan en las páginas del libro. Es el caso, por ejemplo, de los invasores extraterrestres. Su carácter secundario dentro de la iconografía del mal quizá se deba a su ambigüedad. Siempre resulta fácil imaginarnos que, de alguna manera, también nosotros somos una imagen del mal para los extraterrestres. Aspecto éste que, pese a su obviedad, no ha dado lugar a títulos en los que se narre (salvo, parcialmente las *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury) la violenta invasión de planetas habitados por parte de los humanos. Argumento que, sin duda, nos adjudica a los humanos un papel que sabemos desempeñar muy bien.

La posibilidad de que nuestros ejércitos masacren a los pobres hombrecillos verdes nos lleva a una cuestión bien conocida, la de si el hombre es malo por naturaleza. En este libro podrá encontrar el lector una respuesta que me gusta mucho: el hombre no es malo por naturaleza porque el mal no existe en la naturaleza y porque el hombre, por naturaleza, es muy poquita cosa. Lo que hace algo importante de nosotros, pobres monos desnudos, es la cultura. Y es la cultura la que inculca en nosotros los conceptos de “bueno” y “malo”. Por eso “malo” es todo aquello que amenaza nuestra cultura y “bueno” todo lo que la sostiene. Y por eso el mal fascina, porque es destructivo, pero

también abre nuevas posibilidades, las de un cambio cultural. Ahora se puede entender la inevitable fascinación de las imágenes del mal citadas más arriba.

En esta época, en la que amenizamos nuestros almuerzos con asesinatos, guerras y hambrunas, una criaturilla de cuernos, rabo, piel roja y espantoso olor a azufre sólo puede parecer un divertido reclamo comercial (caso de algunos anuncios) o, todavía peor, una plañidera pareja de un salidísimo Sadam Husein, al que le pide menos sexo y una vuelta a sus largas noches de conversación, caso de la versión cinematográfica de *South Park*. Por tanto, cuando es necesario alguna encarnación suya en el cine actual, cosa poco habitual, aparece bajo la misma fachada que nuestros héroes, caso de Robert de Niro en *El corazón del ángel* o, mejor aún, como un recién llegado, un desconocido, un *extranjero*. A este respecto, merece la pena no perderse ni una coma del ensayo de Jesús Palacios, “La ciudad de los miedos indecibles”.

El conde Drácula encarna el mal por diversos motivos. Si lo enfocamos freudianamente, como hace Magdalena Cueto en “Dramaturgias del mal”, es la imagen viva del Ello. Regido por el principio, del placer, busca la satisfacción inmediata, sin el menor atisbo de las restricciones impuestas por el Superyó. Además, Drácula es todo lo contrario al hombre. Lo contrario al hombre entendido como masculino singular, pues Drácula no inyecta fluidos, los extrae; la sangre no alimenta sus células, alimenta su estómago. Pero también lo contrario al hombre entendido genéricamente, por extraer y no inyectar, por alimentarse con y no de la sangre, es inmortal, la aspiración máxima de cualquier ser humano. No obstante, lo peor, la cara oculta y aún más terrible del personaje, es su correlato histórico. Vlad Draculea, conocido como Vlad Tepes, esto es, Vlad “el empalador”, reinó el Valaquia en varios períodos del siglo XV. Su apodo le viene por su afición a ensartar a enemigos políticos, ladrones y súbditos en general, con largos palos, preferentemente de puntas romas para prolongar la agonía. Por contraste con su este personaje histórico y humano, demasiado humano, Drácula parece un buen ciudadano, con sus canas y sus adicciones, como todos nosotros. No es de extrañar que la filmografía de los últimos años, haya hecho de nuestro querido Conde, un personaje cada vez más matizado y que, al menos sus víctimas, vampirizadas y vampiros ellas mismas, suelen caer en dudas existenciales y sesudas reflexiones sobre su naturaleza de monstruos.

Mientras que las tradicionales imágenes del mal, Satán y el Conde Drácula, han ido adquiriendo con los años facetas más y más humanas, nuestras facetas más humanas han ido adquiriendo progresivamente aspectos cada vez más maléficos. El prototipo de

este proceso lo encarnan los niños. De angelicales criaturas la filmografía y la literatura más reciente ha hecho de ellos seres poseídos, demoníacos o, simplemente, salvajes por naturaleza. De este modo, el mal viene de fuera, es extranjero, sí, pero también está en nuestras casas, en el mismo proyecto de ser humano. En el artículo de Roberto Cueto “El otro lado del jardín”, vemos desfilar ante nuestros ojos, niños poseídos por espíritus, por el demonio, por criaturas de origen y propósitos desconocidos, niños con poderes, niños asesinos (*La mala semilla*, Melvin LeRoy, 1955) o niños mecánicos, esto es, muñecos, que incluso tienen la perversa intención de perpetuarse (*La semilla de Chucky*). Niños todos ellos coetáneos, por otra parte, de la “Declaración de derechos del niño”, de 1959.

Pero ninguna de las imágenes del mal es comparable a la *femme fatale*. Ella no es mala por ser un ángel caído, ni es la inocente copia de un mal real e histórico, ni siquiera nos cabe el consuelo de que su cuerpo sea controlado por algún espíritu o demonio. *Ellas son el mal*. Es, en efecto, lo más exterior y amenazante que pueda existir a nuestra cultura masculina y machista. Todavía peor, es la refutación hecha mujer de la famosa afirmación platónica de que la belleza y el bien son la misma cosa. En la *femme fatale* su belleza es sólo otro aspecto de su maldad. Su mal no está en su brutal ambición, ni en que el desgraciado macho en cuestión sepa que será devorado inexorablemente, ni siquiera su masculina utilización de las “armas de mujer”. Su mal radica en que su apariencia es inevitablemente fascinante, hermosa, bella. Basta verla, olerla, para comprender la oscuridad del torbellino que nos arrastrará y nuestro inevitable deseo de que así sea. Pero ni siquiera la mujer fatal que, como digo, es la más decantada expresión del mal, merece hoy nuestra condena. Síntoma de que el imperio del machismo ha periclitado, imagen misógina que deviene venganza contra cualquier género de misoginia, protagonista último de todo film en que tenga una aparición mínima, la mujer fatal es hoy día reivindicada desde todos lados.

Sin embargo, la mujer fatal no es sólo síntoma de que el reinado masculino llega a su fin. La mujer fatal es también síntoma de un género de mal radicado en la propia apariencia, en la propia superficie que dice reflejar las profundidades. Es en esa superficie en donde reina el mal hasta hacerse banal, cotidiano, rutinario. Ya nadie es malo, porque el mal está en la historia, en la sociedad, en los procesos maquínicos que nos envuelven a todos. Ya nadie es malo porque, en realidad, ninguna imagen es capaz de captar el mal. Por eso necesita de arquetipos, por eso necesita de “contenedores”. Piénsese en un secuestro. No hay imagen capaz de aprehenderlo. Las imágenes nos

muestran a los secuestradores, a la víctima del secuestro, el lugar donde se llevó a cabo, pero el secuestro, como tal, no figura en ninguna imagen. Si las tradicionales imágenes del mal se han hecho problemáticas es porque, hoy día, la imagen es el mal.

Manuel Luna Alcoba